

Segunda parte



EL BUDISMO

INTRODUCCIÓN

Esto es lo real, esto lo excelente, a saber, la calma de todos los impulsos, el echar fuera todos los fundamentos, la extinción del intenso anhelo, la falta de pasión, la extinción, el Nirvana.

Anguttara-Nikaya 5:322.

En la historia religiosa de la India, el siglo VI a.C. sobresale como un período de grandes cambios y crisis. En él surgieron movimientos heterodoxos que impugnaron la religión brahmánica descrita en la primera parte. El sistema de castas, parte integral del brahmanismo, había resultado en una estructura social que imponía la miseria a la mayor parte de la población. La cultura aria se había debilitado por el prolongado contacto e intercambio con la civilización prearia aborigen del centro y este del país. Por lo demás, en aquel entonces el país carecía de unidad y de estabilidad política. Todos estos factores contribuyeron a generar cuestionamientos radicales en contra del brahmanismo. De todos los movimientos disidentes, el de mayores consecuencias e influencia posterior fue, sin duda alguna, el budismo.

En capítulos sucesivos trataremos del budismo en sus orígenes, o budismo precanónico, de las dos principales ramificaciones, el Pequeño Vehículo y el Gran Vehículo; del budismo fuera de la India, en el Tíbet, la China y el Japón; de la crítica al budismo desde el punto de vista cristiano. Y en los dos últimos capítulos trataremos de la rama del budismo de mayor influencia en Occidente, el budismo Zen.

Capítulo I

EL BUDISMO PRIMITIVO

En la exposición del budismo, es conveniente distinguir entre una etapa primitiva, de surgimiento y desarrollo inicial en la India, que llamaremos precanónica por oposición a una segunda etapa de estructuración de las creencias y prácticas budistas en dos grandes tendencias, llamadas respectivamente el Pequeño Vehículo y el Gran Vehículo.¹

Nacimiento del Budismo

El fundador del budismo fue un príncipe de la India septentrional, perteneciente al clan Sakhya. Su nombre era Sidarta Gotama. Nació hacia 560 y murió en 480 a.C.

Según la tradición, su nacimiento estuvo rodeado por numerosos milagros. Sin embargo, las primeras décadas de la vida del príncipe transcurrieron sin sucesos notables. Entonces, a los veintinueve años, la visión sucesiva de un anciano decrepito, un enfermo grave y un cadáver hizo que el príncipe tomase súbita e inquietante conciencia de la realidad del sufrimiento humano. Sidarta también fue profundamente impresionado al notar la apacible tranquilidad de un asceta errante.

Estas vivencias transformaron su vida. Abandonó sus

riquezas, y a su mujer y su hijito, y durante el siguiente lustro se entregó a las más rigurosas prácticas ascéticas. Sidarta no encontró en la vida de asceta la paz que tanto anhelaba.

Sin embargo, un día mientras meditaba debajo una higuera, tuvo una súbita experiencia de iluminación que le libró de una vez por todas de sus temores y angustias. Desde entonces, Gotama –Gautama en sánscrito– fue conocido como el *Buddha*, el Iluminado.

El Buda se presentó como tal a sus compañeros de ascetismo, y les reveló las *Cuatro Grandes Verdades* fundamentales del budismo:

1. La mera existencia -vivir- implica *sufrimiento*.
2. El sufrimiento proviene de la *ignorancia* de lo que es el hombre y del significado de la vida. La ignorancia engendra deseos que son imposibles de satisfacer.
3. Ya que la causa directa del sufrimiento son estos *anhelos insatisfechos*, la supresión de los deseos hará desaparecer el sufrimiento.
4. El modo de lograr esta *supresión de los insensatos deseos* es seguir el llamado *Noble Camino Octuple*: Recta fe, recta aspiración, recta palabra, recta acción, recta vida, recto esfuerzo, recto pensamiento y recta concentración.

En el budismo, la existencia es caracterizada por tres «signos»:

dukkha, sufrimiento o malestar;
annica, impermanencia, la noción de que todo está en un perpetuo fluir, en un continuo desplazamiento sujeto a la ley de causalidad, y
anatta o *anatman*, «no alma», la inexistencia de un alma inmortal.

Este tercer atributo de la existencia se ha denominado *la doctrina central del budismo*; es

La doctrina de la no-separabilidad de todas las formas de vida, y la opuesta de aquella de un alma inmortal. Aplicada al hombre, afirma que no hay un yo o un ser permanente en las cinco *skhandas* [partes] que constituyen la personalidad... Lo que pertenece a cualquier ser humano no es inmortal.²

Razones de su auge inicial

A través de la predicación de Gotama y sus discípulos, la nueva fe alcanzó pronto gran difusión. El budismo penetró sin dificultad entre la gente porque combinaba algunos elementos del antiguo brahmanismo –que no eran incompatibles con las Cuatro Grandes Verdades– y conservaba su terminología, si bien la reinterpretaba audazmente. Al mismo tiempo, introducía novedosas doctrinas muy atractivas, a saber:

1. El anuncio de una salvación accesible a todos, sin distinción de castas, sobre una base estrictamente individual; es lo que Regamey llama «una democratización de la religión».
2. La asignación de nuevos significados espirituales a antiguas prácticas religiosas.
3. La introducción de significativos elementos éticos, y por consiguiente de nuevas pautas de conducta, religiosamente fundamentadas.

Una diferencia muy importante entre el brahmanismo y el budismo es que en aquél el karma o balance de los actos humanos buenos y malos queda determinado por los actos en sí y sus resultados concretos, con independencia de las motivaciones subyacentes. En cambio, en el budismo *las intenciones del corazón* pasan al primer plano. Considerar las motivaciones como más importantes que las acciones en sí o sus resultados, es uno de los pilares de la ética budista.

4. La notable insistencia en aplicar prácticamente las creencias religiosas en la vida cotidiana. El *arya* o santo budista se destacaba por su caridad y compasión.
5. En fin, otra novedad que el budismo hizo popular fue la vida monacal; comenzando con la predicación del mismo Gotama, el número de monjes y monasterios creció con rapidez.

Creencias

Por su énfasis en la práctica, el budismo se mostró desde el principio poco interesado en todo cuanto pudiese prestarse a especulaciones vanas. El mismo Gotama rehusó contestar aquellas preguntas que a su juicio carecían de nexos directos con el camino que él proponía. De esta actitud puede haber surgido la noción de que el budismo primitivo era ateo. En realidad parece haber sido más bien un agnosticismo práctico, que rehuía sistemáticamente toda lucubración que distrajerse a los discípulos del camino trazado por el Buda.

El budismo primitivo, o precanónico, aceptó las nociones hinduistas de karma o ley de justicia retributiva, de *samsara* o perpetuo devenir cósmico, y de la transmigración de las almas o reencarnación (véase la primera parte de la presente obra). Enseñó también una triple división del cosmos en *Kamadhatu*, *Rupadhatu* y *Dharmadhatu*.

El *kamadhatu* es el mundo material del deseo, constituido por los elementos primordiales tierra, agua, aire y fuego. El *rupadhatu* es el ámbito de las «formas visibles», de los cuerpos sutiles o etéreos. El *dharmadhatu* es el mundo del Dharma, divino, la cima del cosmos, la esfera más elevada de todas.

La concepción budista del hombre se corresponde con esta cosmovisión. Así, el hombre poseería un cuerpo material, un sensorio etéreo (más sutil que el material, pero

perecedero como éste), y el *vijñana* o conocimiento, que es eterno, superior, y pertenece al *dharmadhatu*. El *vijñana* es una porción de la divinidad trascendente impersonal; no corresponde a una entidad personal comparable al alma de la teología bíblica.

El Dharma es la realidad definitiva y absoluta, y el *vijñana* —que pertenece al Dharma— es asimismo eterno. Puede trazarse aquí un paralelo con el brahmanismo: el Dharma y el *vijñana* corresponden, respectivamente, a Brahman, el Absoluto, y Atman, su manifestación individual.

La salvación consiste precisamente en librar esta parcela microcósmica del Dharma, el *vijñana*, de la necesidad de reencarnarse. Para ello es preciso alcanzar la cima del *dharmadhatu*, una condición conocida como *acyuta pada* o «lugar desde el que no se vuelve a caer». Correspondería en cierto modo a lo que llamamos inmortalidad, pero no una inmortalidad del individuo, sino de aquello divino que hay en él.

En realidad, la salvación budista admite grados, de los cuales el *acyuta pada* es el más elevado y permanente, y por ello el que exige mayor celo y más méritos. Quien no lo alcanza puede, en proporción a sus buenas obras, permanecer tras la muerte en alguno de los paraísos del *rupadhatu* antes de ser obligado a reencarnarse. Para cada individualidad, la permanencia en el devenir cósmico se rige estrictamente según el principio de justicia kármica. Los ciclos de reencarnaciones persisten hasta que se alcance el *acyuta pada*, o lugar desde el que no se vuelve a caer.

El *vijñana* es concebido como una especie de fluido sutilísimo, que puede ser mancillado o enturbiado por los elementos del *kamadhatu* o mundo inferior. Por tanto, para que el *vijñana* pueda liberarse, debe antes ser purificado. Sin tal purificación no le será posible retornar al mundo superior al cual pertenece por esencia.

Prácticas

La purificación del vijñana es favorecida por las buenas acciones y perjudicada por las malas. Para cada individualidad particular, existe en cada momento un «estado de cuenta» kármico, el cual está depende del conjunto de las acciones, que determinan una configuración llamada *samskara*.

En la práctica, la salvación exigía ante todo disciplina moral. Había normas de aplicación general: No matar, no robar, no mentir, no beber, no tener costumbres licenciosas. Para los monjes, se agregaban otras reglas más rigurosas; ellos debían someterse a un nivel superior de exigencia, en una segunda etapa del camino de salvación, denominada *dhyana*.

La *dhyana* incluía el celibato riguroso, la subsistencia basada en la mendicidad, la severa restricción de las posesiones personales, y la estricta prohibición de aceptar donaciones en metálico, usar adornos o afeites, danzar, cantar, participar en representaciones, y comer a ciertas horas. Hay que resaltar, además, que era obligatoria la práctica de la meditación. Esta disciplina tenía por objeto limpiar gradualmente el vijñana.

La meditación debía permitir, sucesivamente, suprimir las emociones y sensaciones, desterrar las categorías conceptuales o esquemas mentales de la mente normal, y alcanzar al fin un estado de conciencia caracterizado por la supresión de la distinción entre el individuo y su ambiente, entre el «yo» y el «no-yo». Cabe destacar que desde el principio, y sobre la base de la experiencia del propio Sidarta Gotama, el budismo rechazó por igual el lujo y el ascetismo extremo.

Culto al Buda

Aunque a menudo se afirme que Buda no se consideró a sí mismo un ser divino, y que sus seguidores tampoco lo tuvieron por tal, sería difícil explicar la rápida popularización del budismo sin admitir que Gotama debió de haber sido considerado divino por sus adeptos, al menos en un sentido limitado.

Según antiguos cánones, Sidarta Gotama era la octava encarnación del Buda celestial, una manifestación sensible del Dharma, la esfera superior, eterna y normativa. Esta idea supone que el Buda existe perpetuamente con un *dharmakaya* o cuerpo superior (dárnico), y periódicamente descende al mundo tomando un cuerpo material o *kamaya*. Este Buda encarnado no es un dios creador u omnipotente, *ni puede salvar a nadie* en el sentido de librarle de su karma a través de un perdón o una redención. Sin embargo, este Buda es «personal, omnisciente, eterno, y desde un principio posee la salvación» para sí mismo, y por ello es capaz de *señalar el camino a otros*.

Otra evidencia de la divinización de Gotama es que el primer paso en el camino óctuple de salvación es la *recta fe* en *Buddha*, *Dharma* y *Sangha*, respectivamente en la persona del Buda, su doctrina y su comunidad.

A éstas se les conoce como «las tres joyas», las cuales

el creyente invoca en su profesión de fe [y] no son, pues, otra cosa que tres hipostasis contingentes de una misma y única realidad divina.³

Escrituras budistas

Las enseñanzas de Gotama, tal como eran recordadas por sus discípulos, conforman el cuerpo de escrituras canónicas del budismo. En conjunto, se las conoce como *Tipitaka* o Los

Tres Cestos. Como su nombre lo sugiere, constan de tres partes, la tercera de las cuales es varios siglos posterior a las otras:

1. El *Vinayapitaka*, o Cesto de la Disciplina, que establece normas de vida.
2. El *Sutrapitaka* o Cesto de los Discursos, que contiene las enseñanzas básicas del budismo.
3. El *Abidhammapitaka*, o Cesto de la Ley, que trata en profundidad de temas filosóficos.

Estas escrituras normativas o canónicas, que fueron escritas originalmente en idioma pali, tienen varias veces la extensión de la biblia cristiana (unas trece mil páginas en español). Además, existe un abundantísimo cuerpo de literatura postcanónica, que incluye comentarios, crónicas y tratados en diversos idiomas, como pali, sánscrito, tibetano, chino y japonés. En este mar de escritos budistas están representadas las diversas vertientes por las que se desarrolló el budismo.